

Dos neolatinistas ante Sor Juana: Eguiara, doctoral; Cabrera, existencial

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

RESUMEN: Sor Juana ha sido objeto de dos excelentes textos neolatinos en México. En 1755, Juan José de Eguiara y Eguren publica su biografía en prosa latina (*Ioanna Agnes a Cruce*), donde parafrasea elegantemente la semblanza que había compuesto Diego Calleja en 1700. Aquí, Eguiara presenta dos poderosas anécdotas de una Sor Juana doctoral, que da cátedra a los propios jueces de la Inquisición. En 2002, Francisco José Cabrera compone un espléndido poema en 403 hexámetros, titulado *Ioannae virginis laudes*, donde, por contraste, canta con sereno lirismo las vivencias de la Fénix en sus 26 años conventuales.

* * *

ABSTRACT: Sor Juana has been the subject of two excellent Neolatin writings in Mexico. In 1755, Juan José de Eguiara y Eguren published a biography in Latin prose (*Ioanna Agnes a Cruce*), where he paraphrases Sor Juana's life by Diego Calleja (1700). Here, Eguiara adds (or perhaps he imagines) two powerful anecdotes about a masterly Sor Juana, who teaches even Inquisition judges. In 2002, Francisco José Cabrera creates a splendid poem in 403 hexameters (*Ioannae virginis laudes*), where, by contrast, he sings in serene lyricism Sor Juana's experiences through her 26 monastery years.

PALABRAS CLAVE: cabrera, eguiara, juana, neolatinista, sor.

RECEPCIÓN: 6 de junio de 2003.

ACEPTACIÓN: 3 de noviembre de 2003.

Dos neolatinistas ante Sor Juana: Eguiara, doctoral; Cabrera, existencial

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Es serenamente triunfalista Juan José de Eguiara y Eguren cuando, a mediados del siglo xviii (en 1755), incluye a Sor Juana en su *Bibliotheca Mexicana*.

Nos referimos a su capítulo titulado *Ioanna Agnes a Cruce*.¹ Su objetivo es demostrar que en México existe una mujer —y monja, por más señas— que dicta cátedra a los teólogos y hasta a los propios jueces calificadores de la Inquisición.

En cambio el poeta de los siglos xx y xxi, don Francisco José Cabrera, después de haber leído las alabanzas de ambos mundos para Sor Juana a causa de sus sonetos y redondillas cinceladas en plata pura, toma el rumbo opuesto. Él ve oportuno asomarse a los resquicios del alma de la Fénix mexicana, en su canto épico lírico alusivo, *Ioannae virginis laudes*, del año 2002.² Allí desmadeja el ovillo de su vocación lírica, y detecta su temple emotivo. Lo curioso del caso es que el poema intimista de Cabrera no es menos memorable que la apología encomiástica de Eguiara. Oigamos hablar a uno y a otro.

Eguiara vitorea a la Fénix

Cuando don José de Eguiara y Eguren redacta biografías como la de Sor Juana, despliega una latinidad no indigna de prosistas argénteos como Quintiliano.

¹ Juan José de Eguiara y Eguren, *Sor Juana Inés de la Cruz*, 1936.

² Francisco José Cabrera, *Ioannae virginis laudes*, 2002.

En gran estilo nos va narrando el caso de un obispo español de la orden agustina, “que hacía burla de la tan proclamada erudición de Sor Juana” (*famam eruditionis irridens*). Durante una conversación se mofaba del oidor real Juan de Aréchaga porque, “aun siendo tan circunspecto y docto, había sido burlado por la astucia de una mujer” (*virum adeo circumspectum et doctum etiam mulieris astu delusum*).

Aréchaga le propone una comprobación: lo invita a ir a visitar a la Fénix de México “a fin de que haga experiencia de su saber, lo cual será luego un testimonio superior a toda excepción” (*capturusque doctrinae eius experimentum quod omni maius exceptione testimonium esset futurum*).

Se señala el día de la conversación. Llegan, se saludan comedidamente y comienzan a departir de temas literarios; pasan a tratar de la biblioteca “bien seleccionada y provista” (*selectissima quidem et instructissima*) de la monja. Ella habla de los historiadores, enumera a los mitólogos y poetas, discurre de matemáticos, filósofos y gramáticos, hasta que Gutiérrez la va guiando hacia los autores de teología.

Sor Juana toca ligeramente la dogmática y la moral, y pasa a temas bíblicos y de predicación. Es entonces cuando el obispo “lleva a la religiosa deliberada y empeñosamente a los temas más raros y abstrusos de los estudios sagrados” (*et in rariora abstrusioraque sacrae facultatis consulto et industrie Gutierrii disquisitionibus evocatur*).

Llega aquí el meollo de la anécdota, la cual merece ser transcrita *ad litteram*:

Erat ille a censuris theologicis apud Sacrum Tribunal, a quo per eos dies nodum acceperat dissolvendum scripto, intricatum admodum et difficilem quem multo licet studio necdum poterat explicare.

Rogat subinde Ioannam, velit libros sibi indicare, quos viderit de rebus ad inquisitionis forum attinentibus pertractantes, atque ut illa notiores famosioresque indigitat, et ipsorum tractationes commemorat nobilioraque capita, id tunc opportune Gutierrius inducit,

quod negotium impraesentiarum sibi facessero, auctorumque ea in parte sensus et responsa scitatur.

Ad haec monialis celebriorum sententias doctorum expendit, adductis in medium Diana, Bordonio, Carena, Delbene aliisque multis, subiungens recentiore penes se auctorem esse, qui uberius rem tractat, aperitque feliciter his et illis momentis, retulitque illa adeo explicite doctaque et erudite, ut egregie miratus Gutierrez, commodare sibi librum dignaretur rogarit, abieritque attonito similis a perspecta feminae varia eruditione et vastissima, fassusque amicis fuerit, gravissimi resolutionem et exquisitissimi dubii ab ea accepisse, quam deinceps mirabilem plane et omni maiorem laude affirmabat.

Doy mi versión de este pasaje, que ya a su vez, luego de Demetrio Frangos, ha vertido José Quiñones en su extenso ensayo antológico.³

Era él (Gutiérrez) censor teológico en el Sacro Tribunal (de la Inquisición), del cual por aquellos días había recibido para resolver por escrito, un conflicto tan intrincado y difícil que, aun tras mucho estudio, todavía no había podido resolverlo.

Solicita enseguida a Sor Juana que se sirva señalarle los libros que ella haya visto que tratan de los asuntos concernientes al Tribunal de la Inquisición; y cuando ella le señala los más conocidos y famosos, y relata sus tratados y principales capítulos, entonces Gutiérrez introduce oportunamente el problema que en ese momento le causa dificultad, y le consulta las opiniones y las respuestas de los autores en esa parte.

A este respecto, la religiosa sopesa los dictámenes de los doctores más célebres, trayendo a colación a Diana, Bodonio, Carena y Delbene y otros muchos, añadiendo que obra en su poder un autor más reciente que trata más copiosamente el tema, y lo despliega con gran acierto en estos y en aquellos puntos, y los ha expresado tan amplia, docta y eruditamente, que Gutiérrez, sobremanera admirado, le ha rogado se sirva prestarle el libro.

³ José Quiñones, "Sor Juana: una figura a través de tres siglos (Antología)", en *Literatura mexicana*, 1995, pp. 479-595.

Y se ha retirado atónito de haber comprobado la variada y vastísima erudición de aquella mujer, y ha confesado después a sus amigos que de ella ha recibido la solución de un asunto muy grave y delicado; desde entonces la declaraba del todo admirable y superior a cualquier alabanza.

El disputador escolástico

A continuación, Eguiara refiere otra anécdota similar. Es menos impactante en el exterior, pero manifiesta una más profunda humillación de un sabio varón ante la Fénix.

El franciscano Manuel de Argüello solía tener conversaciones eruditas con Sor Juana. Por entonces “estaba dedicado a los debates escolásticos” (*palaestram scholae colebat*) y le habían entregado como objeto de refutación, “una tesis bastante sorprendente” (*thesis admodum peregrina*), no recuerda el cronista si era filosófica o teológica. Lo cierto es que el escolástico no conocía nada editado al respecto.

La mañana del mismo día en cuya tarde debía impugnar dicha tesis, Argüello visitó a Sor Juana y le informó sobre la controversia escolástica.

Y Eguiara y Eguren continúa en estos términos:

Illa ut excepit rem, a se lectam esse thesim affirmat, cuius et fundamenta expandit, et quas patitur obiectiones proponit, gravioremque multis additis momentis inculcat, solutiones praevenit, et ulteriora adiicit argumenta, queis Argüello munitus, vespere certamen aggreditur, tantaque vi propugnatores urget, ut non absque negotio a difficultate se expediant.

Egregio interim plausu illo a sapientissimis qui adstabant viris, suscepto, palamque, ut ingenuus erat atque sincerus, in Ioannam Agnetem laudes reddendas esse dicente, quae sibi argumentum validissimum et obiectiones multas ad rem suggesserat.⁴

⁴ José Quiñones, *ibidem*.

Esta es mi versión del pasaje:

Cuando ella ha recibido el tema, comenta que ya ha leído la tesis, explica sus fundamentos, y propone las objeciones a las que se presta; añadiéndole muchas observaciones, sugiere que es más profunda, prevé las soluciones y añade nuevos argumentos; provisto con ellos, Argüello entra al debate por la tarde; y con tanta fuerza asedia a sus opositores, que ellos no sin dificultad se escapan de su refutación.

Al ser él acogido con enorme aplauso por los más sabios varones que estaban presentes, dijo abiertamente —ya que era franco y sincero— que los elogios debían ser dirigidos a Juana Inés, pues ella le había sugerido el argumento más sólido y las muchas objeciones alusivas al tema.

Eguiara y Eguren comenta que de ahí se puede inferir, “como de la garra al león” (*ut ex ungue leonem*) qué tanta pericia tenía Sor Juana en asuntos teológicos (si bien Eguiara ha anotado que él no recordaba si este debate de Argüello era filosófico o teológico). Y se remite para el efecto a los muchos pasajes que en los libros de la Fénix “son indicios nada oscuros de un muy profundo saber sagrado” (*profundioris doctrinae sacrae indicibus haudquaquam obscuris*).

Estas dos anécdotas son de tal manera paradigmáticas, que nos inducen a pensar que han sido cortadas a la medida por Eguiara. Y hay razones para pensarlo así. En efecto, la mayoría de las cerca de treinta páginas que Eguiara dedica a Sor Juana, refieren pasajes ya conocidos en la biografía sorjuaniana del padre Diego Calleja, y en los recuerdos de la propia Sor Juana insertos en su *Respuesta a Sor Filotea*.

Por el contrario, estas dos páginas sólo encuentran correlación con el famoso examen que el Virrey Mancera le mandó presentar a Juana Inés ante cuarenta sabios de la Universidad de México. Eguiara anotaba al referir tal examen, que “a todos los que le preguntaban y objetaban muchas cosas, los dejó satisfechos” (*cunctisque sciscitantibus multa et obiicientibus, satisfecerit*). Es

el punto que Calleja comentaba viendo que Juana Inés sale airosa de cada una de estas escaramuzas, “a la manera como un galeón real se defendía de pocas chalupas que le embistieran”.⁵

Nótese, en el sorprendente caso del censor teológico Gutiérrez, que cuando él comprueba que la estudiosa monja conoce a los mayores autores referentes a conflictos sobre la fe, entonces el maestro se convierte de un salto en discípulo, y le ruega a la religiosa que le indique la solución a un caso muy difícil que él debe dictaminar. Ella le causa mayor admiración cuando comenta que incluso posee el libro más avanzado y reciente sobre el asunto. El adoctrinador adoctrinado termina pidiéndole a la religiosa que le preste dicho libro. Más tarde, no acabará de hacerse lenguas en elogio de la Monja Sabia.

Y en el caso similar del franciscano Argüello que consulta a Sor Juana sobre una tesis que debe debatir, ella ya ha leído la tesis, se la explica al filósofo, y lo provee de nuevas consideraciones y refutaciones, con lo cual lo prepara para que disertar triunfalmente y sea felicitado.

¿Puede ser verdad tanta belleza?

Me comenta una humanista que, para su punto de vista femenino, lo más sorprendente es la lealtad con que el sabio varón confesó que las argumentaciones contundentes que manejó en la disputa, no eran suyas, sino que las había recibido de labios de una mujer más talentosa que él.

Eguiara continúa su vía hagiográfica, y señala que Sor Juana “causaba la admiración de los varones más destacados” (*ut doctioribus viris admirationi esset*), y que ellos la frecuentaban y le obsequiaban selectísimos libros los cuales —anota Eguiara, siguiendo a Calleja— “llegaban hasta cuatro mil” (*voluminibus quattuor mille constante*).

Lo que nos interesa subrayar aquí es que Eguiara no toca para nada el asunto de las incomprensiones que Sor Juana sufrió por

⁵ Diego Calleja, “Aprobación”, en *Fama y obras póstumas del Fénix de México*, p. 9.

haber sido sabia y por haber sido mujer. La única objeción que leemos en el bibliógrafo es la de la priora “por lo demás relevante en virtud que, impulsada por su ignorancia femenina, le había declarado sacrilegio imperdonable si continuaba en las letras” (*cetera conspicua virtute, ignorantia feminea percita, religiones in illam inexpiabiles plane indixerat modo in litteris pergeret*).

Ese episodio ya lo sabíamos por boca de la misma Sor Juana, donde habla de “una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de inquisición y me mandó que no estudiase. Yo la obedecí unos tres meses que duró el poder ella mandar”.⁶

Cabrera da comprensión a Sor Juana

Por su parte, el poeta poblano Francisco José Cabrera, en los 403 versos heroicos de su citado poema *Ioannae virginis laudes*, toma un camino distinto.

Eguiara razonaba la maestría dialéctica de Sor Juana, en prosa digna de la edad argéntea; Cabrera, en cambio, elabora una lírica corona hexamétrica para la Fénix, en una latinidad que unas veces se remonta al lado de Virgilio, y otras veces revolotea en torno a Ovidio. Cabrera no vuelve a proclamar los éxitos sociales de la poetisa genial, sino que decide explorar los resquicios de su alma.

Y comienza Cabrera por reflexionar que una vez que Juana Inés ha profesado como religiosa jerónima, siente necesidad de ser comprendida en su empeño por dedicar sus horas libres al estudio y a la poesía.

Y el vate neolatino despliega así el panorama que enfrenta Sor Juana en el claustro, tras vivir varios años en la corte y no ser admitida en la universidad:

⁶ Sor Juana Inés de la Cruz, “Respuesta a Sor Filotea”, líneas 735 ss.

*Mitrati exquirens aditus morumque magistri,
imperiis patiens, charta pennaque potita,
imbelles nisus fraudataque temporis acti
facta renarrabat. Vetito viduata lycaeo,
propositis haerens instat, premit acrius, urget
et quo vota trahunt praesenti numine pergat.*⁷ (vv. 222-227)

Lo digo en mis hexámetros castellanos, en este y en todos los pasajes latinos que aquí citaré:

Buscando el acceso al mitrado, y aceptando las órdenes del director de conciencia, tomando el pliego y la pluma, volvía a contar los esfuerzos pacíficos y hechos frustrados del tiempo pasado. Privada del liceo prohibido, se empeña en aferrarse a sus planes, mas insta y presiona y a do la guían deseos, con talento presente prosigue.

Ya se ve aquí que Cabrera prescinde de aspectos exteriores y trata más bien de entender los altibajos que fue sufriendo su vida intelectual en el claustro. Y continúa don Francisco José con los recuerdos de las primeras letras, con la dinámica adquisición del latín (las veinte lecciones que anota Sor Juana y repite Calleja), y con las mujeres sabias que la monja tomó como modelos:

*Parvula litterulis nullo cogente magistro
incumbens, natura loqui dedit ore latino,
et quascumque legit chartas, documenta priorum,
mente vorat memori nullos lapsura per annos.
Quinetiam, exemplis solers heroidas inter
utitur...* (vv. 228-233)

Puesta de niña al estudio inicial, sin ser obligada de algún maestro, natura dióle hablar con boca latina, y cuantos pliegos ha leído y documentos de antiguos, con tenaz mente devora porque nunca en años se escapen. Incluso, allí usa sabia ejemplos que se dan entre heroínas...

⁷ Francisco José Cabrera, *Ioannae virginis laudes*, ejemplar inédito citado.

Y don Francisco José canta ágilmente a las mujeres próceres que exaltó Sor Juana: Débora, la profetisa que fue juez de Israel; Corina, la émula de Píndaro; Safo, la hija de las Musas; Pola Argentaria, la esposa de Lucano que sin duda aportó bellos pasajes a la *Farsalia*:

Nescia Polla necis, Parnassi conscia partus (v. 242)
Pola, que ignora la muerte y partos del Parnaso conoce.

Y es contundente el pasaje con que Cabrera culmina las hazañas culturales femeninas, cuando hace decir a Juana Inés esta proclama:

*Me si quis discors aliena exempla sequutam
arguerit, sacris noscat doctissima fastis,
pectora femineo studiorum praedita cultu.* (vv. 246-248)

Mas si alguien, inconforme, arguyere que he seguido extranjeros ejemplos, investigue los muy doctos pensares provistos a la historia eclesiástica por femeninos talentos.

A continuación, Cabrera imagina que Erato, la propia musa del amor, le insinúa a la poetisa Juana Inés que la soledad del claustro y el alejamiento de los pretendientes que tuvo en la corte, no le impiden imaginar las situaciones más entrañables del corazón femenino. Así será como ella podrá exaltar aquellos

amores que ella escribe sin amores,
amores que a lo honesto no dan susto,

según dice una elegía anónima publicada a la muerte de Sor Juana.⁸

Cabrera canta así su hallazgo de Erato aconsejando la poesía amatoria a Juana Inés:

⁸ Sor Juana Inés de la Cruz, *Fama y obras póstumas* citadas, p. 74.

*Num ventura caves, virgo durata poesi,
carmina, coenobii submoto carcere clausa?
Obstat amatorum fuga, te fugiente, coronae?
Mentis eos acies vel somnia grata reducent.
Clauditur aere reus, veros imitantia sensus
somnia nequicquam praecludit carcer amanti (vv. 257-262)*

¿Acaso te alejas de futuros cantos, virgen templada
en la poesía, por guardarte en la cárcel remota del claustro?
¿Del círculo de amantes te obstará la huida, ya que les huyes?
Los hará volver tu agudeza de mente o sueños amables.
Se apresura por deuda al reo, mas encierra en vano la cárcel
los sueños que imitan hechos verdaderos para el amante.

Sor Juana ha profesado porque ama la vida religiosa. Que si las obligaciones claustrales y las impertinencias de sus hermanas de velo interfieren su amor a los libros, ella todo lo soporta, apoyada en la invencible fuerza de su vocación.

Bien claro lo escribe ella misma: “Y sólo saben cuánta verdad es ésta, los que tienen experiencia de vida común, donde sólo *la fuerza de la vocación* puede hacer que mi natural esté gustoso”.⁹

Aunque Juana Inés quizá no haya vivido experiencias candentes, sino sólo acaso anhelos y suspiros juveniles, sí puede ella immortalizar en sus versos señoriales los momentos excelsos del amor. Así los canta Cabrera:

*Acta canas elata iocis seu luctibus aegra,
carmine vera docens, fuerint vel ficta placebunt.
Quod si sacra Deo pudet oscula rapta fateri
alterius curas vel gaudia finge puellae,
sed proprias modulis, exesis igne medullis
iunge faces. (vv. 263-267)*

Canta hechos alegres por bromas o tristes por lutos,
si enseñas verdad en cantos, gustarán aún sólo soñados.

⁹ Sor Juana Inés de la Cruz, “Respuesta a Sor Filotea” cit., líneas 45 ss.

Si —a Dios consagrada— te apena referir besos robados,
cántalos como dolores o goces de otra muchacha,
mas une en los versos tus antorchas a entrañas quemadas
por fuego.

El poeta Cabrera tiene de pronto una notable intuición. Él concibe que Juana Inés, en el claustro, visualiza a su estro poético como capaz de concebir, en vez de oscuras torturas de amor, luminosos poemas perdurables. La ve entonces libre del obsesivo Fabio, y después la hará lanzar una proclama:

*Nimirum, Fabio iam nunc laxata tument
exstat iners cinis et vix titilatio flammae.
“—Cur ego non Musis assueto blandiar oestro
et carmen foveam tantum, mea blanda voluptas?
Sunt mihi pro fluxis vivacia carmina flammis!”* (vv. 270-274)

En efecto, ahora que ya se ha librado de Fabio el altivo,
queda inerte ceniza y sólo el titilar de su flama.
“—¿Por qué a las Musas no he de halagar con mi usual entusiasmo,
y sólo cultivo la poesía, mi blando deleite?
¡En vez de efímeras flamas, tengo vivaces poemas!”

Más aún, la Monja Sabia —al decir de Cabrera— ha encontrado que describir penas de amor se convertiría así, en lo que podríamos llamar una “terapia lírica”:

*Orba procis ultro sed non oblita priorum,
demulcere lyrae modulis medicabile vulnus
fert animus, cordisque sinus tentare latentes.
Materies recidiva probae venit apta Camoenae.* (vv. 307-310)

Libre de galanes, mas los pasados no a gusto olvidando,
su alma le inspira a restañar la herida curable entre acentos
de lira, y de su pecho escudriñar los pliegues ocultos.
El renaciente tema, a su honesta Musa apto resulta.

Y el vate Cabrera ve oportuno exaltar también lo que hoy llaman “igualdad de género”. Lo que es una conquista de las mujeres de hoy, fue un alarde sorprendente en la Fénix mexicana de hace tres siglos. Y Cabrera hace cantar a Juana Inés:

*Ingenio praestans, studiis exculta puella
anne aequet superetne viros contendere fas est,
dummodo quisque pari doceant edantque Minerva.* (vv. 323-325).

¿Es válido discutir si una mujer prestante de ingenio, nutrida en estudios, puede igualar o vencer a los hombres, con tal que con igual Minerva cada uno enseñe o produzca?

Inclusive, don Francisco José trata con todo comedimiento las reacciones de la monja poeta cuando su confesor le desaconseja seguir escribiendo versos profanos:

*...Nota memor revocabat verba Ioanna:
—‘Deme mihi studium, vitae quoque gaudia deme’
Emoriar defecta fame si carmina tollas!—
addit, et illacrymans cella se condit in alta.* (vv. 347-349)

O sea:

Juana, memoriosa, recuerda las sabidas palabras:
‘Quítenme el estudio, y también gozos de la vida me quitan’.
¡Por el hambre agotada, moriré si los cantos me roban!—
añadió y, llorando, al fondo de su celda escondióse.

Su confesor —probablemente Antonio Núñez de Miranda— entra entonces a sugerir a Sor Juana una solución intermedia: que ella siga escribiendo bellos poemas, pero de temas espirituales. Así lo narra Cabrera:

*At vitae prudens iudex morumque puellae
qui scriptum studiumque probat felicibus ausis,
sacra monet canere et castos signare libellos.* (vv. 351-353)

Mas el prudente director de vida y conciencia, que aprueba
el escribir y estudiar de la joven de audacias felices,
le aconseja cantar lo sacro y firmar opúsculos castos.

Si no hubiera sobrevenido otro conflicto más complejo, Sor Juana habría quedado sólo como una religiosa inspirada que dejó espléndidos poemas sagrados. Pero en otro ensayo estudiamos lo que aconteció cuando Sor Juana intervino en un debate teológico. Se trata de su célebre *Carta atenagórica*.

Las reacciones de los especialistas fueron más allá de simples consejos. Ellos pusieron el énfasis en las atribuciones de su jerarquía. Hasta allá ha seguido a Sor Juana el poeta Francisco José Cabrera. Para una poetisa genial, un himno marmóreo entonado por un poeta relevante.

BIBLIOGRAFÍA

- CABRERA, Francisco José, *Ioannae virginis laudes*, poema inédito comunicado personalmente por el poeta al redactor de este ensayo, el año 2002. El suscrito dio a conocer la primera de sus tres partes dentro de las *Jornadas Filológicas*, 2002.
- CALLEJA, Diego, “Aprobación”, en *Fama y obras póstumas del Fénix de México*, ed. facs. Fredo Arias de la Canal, México, Frente de Afirmación Hispanista, 1989.
- CRUZ, Sor Juana Inés de la, “Respuesta a Sor Filotea”, líneas 735 ss., en *Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
- , *Fama y obras póstumas del Fénix de México*, ed. facs. Fredo Arias de la Canal, México, Frente de Afirmación Hispanista, 1989.
- EGUIARA Y EGUREN, Juan José de, *Sor Juana Inés de la Cruz*, advertencia y nts. Ermilo Abreu Gómez, trad. Demetrio Frangos, México, Antigua Librería Robredo (Biblioteca Histórica de Obras Inéditas, 2), 1936.
- QUIÑONES, José, “Sor Juana: una figura a través de tres siglos (antología)”, en *Literatura mexicana*, vol. VI, 1995, no. 2, pp. 479-595.